

ALFILERES EN EL CORAZÓN



♥ ÉRIKA GAEL ♥

Alfileres en el corazón

Érika Gael

© Carla Cuesta Llana, 2009.

1ª Edición

Diseño de cubierta: Papagayo Software

AVISO IMPORTANTE:

- Esta historia contiene magia negra.
- Lea con detenimiento las instrucciones de uso.
- No intente imitarla en su casa, ni en el trabajo, ni en el coche, ni en la escuela. Vamos, que ni se le ocurra llevarla a la práctica.
- Manténgala alejada de los niños.
- En caso de duda, consulte con su voduista particular.

PASO 1: HÁGASE CON TODOS LOS MATERIALES NECESARIOS PARA LA FABRICACIÓN DE SU MUÑECO VUDÚ.

—Disculpe, señorita, creo que me he equivocado de puerta.

Después de tres meses trabajando en el museo, Danielle necesitaba distracciones con urgencia, de las que había anhelado cuando decidió cambiar su tedioso pueblo del sur por la alocada Nueva Orleans.

Una distracción como esa, por ejemplo. Clavó sus ordinarios ojos negros en el desconocido que se apoyaba en el quicio con indolencia.

Le hizo una radiografía rápida. Pelo rubio, ojos azules, rostro anguloso, músculos por todas partes. Banda de cuero al cuello. Abrigo largo. Todo negro. Y —ooooohhh, síiii, ven con mamá, bebé— *NewRocks*[\[1\]](#) en los pies. Un auténtico pura sangre de los que cabalgan por Decatur Street[\[2\]](#).

Le dedicó su mejor sonrisa —*su más caliente sonrisa*—.

—Depende de qué esperabas encontrar del otro lado.

El desconocido le devolvió el gesto, enseñando una hilera de dientes perfectos. Había que ser muy tonta para dejar escapar a un ejemplar del sexo contrario como ese.

—Bueno, en realidad venía a hablar con Steph.

Oh, claro, Steph. Todos venían a ver a Steph, pero no era algo que reprocharles. Melena rizada y cobriza, grandes ojos verdes, piernas de vértigo enroscadas como hiedras bajo la minifalda.

—Steph no está —aclaró con expresión compungida, casi de verdad—. Ha salido a tomarse un café. Y tarda mucho —añadió—. *Mucho*. Nunca he visto a nadie girar la cucharilla con tanta parsimonia. No te aconsejo que la esperes.

El desconocido chasqueó la lengua. Parecía contrariado.

—¿Quieres que le deje tu recado? —se apresuró a ofrecerle—. Si rellenas este formulario con tu nombre, tus datos personales y tu número de teléfono, sabrá quién ha venido y podrá llamarte.

Un suave aleteo de pestañas —*cortas, sí, pero tan útiles en casos de emergencia...*— acompañó el movimiento de su muñeca mientras le tendía un papel cualquiera, tal vez una hoja de reclamaciones, o incluso puede que fuera el último recibo de la luz. Si es que los jefes tenían el valor de pagarle a la compañía de electricidad por algo que no se consumía en el siniestro y oscuro Museo del Vudú.

Unas cuantas letras y un par de tachones después, el desconocido se largó por donde había venido con una mueca suspicaz, y Danielle ondeó su tesoro para que se secara la tinta.

Había que ser redomadamente idiota para dejar escapar a un hombre como ese. Y ella no lo era.

Corrió al establecimiento de la señora Laveau en cuanto terminó su jornada laboral. Nueva Orleans bullía de excitación, entre tiendas que aún no habían echado el cierre y bares que ya estaban abiertos.

La señora Laveau no era la original señora Laveau —*los malos espíritus la tengan con ella*—. Era la amiga de la hija de una cuñada de la antigua manceba que había acompañado a la célebre Marie Laveau en sus comienzos como diosa del vudú. En Nueva Orleans todo el mundo lo sabía —*en Nueva Orleans todo el mundo se conocía*—, pero a pesar de eso le guardaban un gran respeto a la recientemente bautizada como señora Laveau junior.

La señora Laveau junior —*Dory, para los amigos*—, la recibió con una sonrisa y los ojos entrecerrados. Cuando el carrillón sobre la puerta aún no había dejado de sonar, ella ya se había precipitado a la lúgubre trastienda, desde donde regresó con un montón de cajas cubiertas de polvo.

—Sabía que volverías —dijo en cajún[\[3\]](#), con su perfeccionada voz de hechicera popular—. ¿Cómo se llama tu elegido?

A Danielle no le hizo falta repasar la información escrita en la hoja. Ya se la sabía de memoria.

—Kieran Reid. 1525 de Prytania Street. Teléfono 504-50...

Dory sacudió una mano ante los ojos de la joven, que guardó silencio.

—Ya, ya, niña. Te dije que con el nombre sería suficiente.

Danielle se encogió de hombros.

—Por si las moscas.

—¿Y por qué crees que él es el elegido para ti? —Dory balanceó una rama seca de solo ella sabía qué especie vegetal a su alrededor. Romero, identificó cuando su ropa y su pelo quedaron impregnados del fuerte olor.

—Es el hombre más guapo que ha pasado por el museo desde que trabajo allí. Además, usted leyó en las cartas que mi hombre llevaría botas militares.

La anciana enarcó una ceja.

—¿Y? Más de la mitad de los hombres de esta ciudad las lucen.

—¿Cómo que y? —Danielle se llevó un dedo a la sien—. ¡Este lleva *NewRocks*, por el amor de Dios!

La señora Laveau se santiguó y corrió a esparcir unas cuantas semillas sobre la mesa tipo altar tras la que despachaba. Hizo varios paquetitos con ellas, que etiquetó con esmero y cerró con varias vueltas de cordel. Después de sacar pequeñas cajas de hierbas y añadirles al pedido, cogió tres libros de una estantería, agregó varios folletos, un minúsculo bote de agua perfumada, tela de arpillera, varios saquitos de arena, un alfilerero y tres o cuatro amuletos con dientes y colmillos de animales. O eso prefirió pensar Danielle, que tamborileaba los dedos con impaciencia sobre el mantel del mostrador.

—Ya tienes todo lo que necesitas —exclamó Dory emocionada. Solo le faltaba ponerse a palmotear como una niña pequeña—. No vuelvas hasta que lo hayas cazado,

pequeña. Esta vez lo vas a conseguir.

PASO 2: CORTE DOS PATRONES IGUALES Y CÓSALOS POR LOS BORDES CON LANA GRUESA. RELLENE LA FIGURA RESULTANTE CON SEMILLAS AL EFECTO. ¡FÍJESE BIEN!

Danielle se llevó a la boca un dedo cubierto de helado de almendra, su favorito. *Barbara Ann* reverberaba desde el equipo de música de su pequeño apartamento en Esplanade Avenue, y el manual *Cómo hacer vudú* permanecía abierto por el capítulo dos desde hacía un buen rato. Con un moño flojo en la coronilla, los pantalones de franela del pijama y la camiseta de su antiguo instituto llena de agujeros, no tenía, lo que se dice, el aspecto de una *sex symbol* del celuloide. Y lo sabía.

Pero el pequeño monigote cabezón y paticorto que reposaba junto al libro iba a cambiar las cosas. Seguro que sí.

Había pasado la mitad de su día libre dibujando con un crayón rosa la silueta sobre la tela de arpillera. Cuando al fin había dejado de parecerle demasiado grande o demasiado pequeña, demasiado desproporcionada o demasiado armoniosa, demasiado deforme o demasiado elaborada, la había recortado con las tijeras de cocina, que aún conservaban restos de pizza en la cuchilla.

No había cosido un botón en su vida, así que resultó una suerte que Dory Laveau fuera tan previsora como para surtirla de aguja e hilo. Se pinchó varias veces, hasta que tomó la decisión de utilizar el comedero del canario como dedal. A partir de entonces, todo había sido coser y cantar. Y nunca mejor dicho.

Su disco de grandes éxitos del rock and roll dio varias vueltas en el reproductor antes de que el bosquejo de muñeco estuviese terminado. Luego, cogió varios de los paquetes de semillas que había en la caja y leyó las etiquetas una a una.

Para aumentar la pasión: semillas de castaña.

Sí, eso le vendría bien. Su escasa vida sexual había muerto en el mismo lugar en el que había sepultado sus prejuicios y temores de jovencita católica cuando dejó el pueblo y se instaló en la capital. Nunca pensó que ser desinhibida le iba a servir de tan poco.

Con una cucharilla de café, volcó un poco del contenido del saco en el interior del muñeco por un minúsculo agujero. Como no le pareció suficiente, siguió echando y echando hasta que la cabeza quedó completamente redonda y la lana violeta amenazó con deshilacharse.

Para apresurar la boda: semillas de naranjo.

Basculó casi todas las que poseía. Era desinhibida, pero no tanto.

Para recuperar la vitalidad: semillas de mandarina o durazno.

Rellenó los brazos y las piernas del cachivache con pepitas de mandarina. Dory no le había proporcionado estas, pero nunca estaría de más un poquito de eso que antes le sobraba y que había disminuido con su aburrida vida orleanniana.

Qué irónico. Había pensado que en cuanto pusiera un pie en la gran ciudad, le lloverían las ofertas sentimentales, sexuales y sociales. Las tres *S*.

Había tomado la decisión de mudarse de forma impulsiva, tras una productiva charla vespertina con su prima. Celia, que llevaba varios meses compartiendo piso en la capital, había alabado sus maravillas durante horas, aunque todas podían resumirse en tres: trabajo a espuertas, fiesta a raudales y hombres guapos a montones.

La primera característica le pareció lo bastante interesante como para plantearse una visita rápida para ver qué se cocía. La segunda, la ayudó a inclinar un poco más la balanza. Cuando Celia comentó la tercera, Danielle corrió a hacer el equipaje.

Y, sin embargo, lo único que había encontrado había sido sopor, salario mínimo y soledad. Otras tres *S* nada deseables. Ya era hora de que eso también cambiara.

Para aumentar sus ingresos: semillas de arroz, maíz, lentejas.

Ya puestos a pedir...

Le costó un esfuerzo titánico tapar el agujero en la pierna izquierda del muñeco. Las pepitas de mandarina se desbordaban por él, arrastrando consigo semillas de castaña que, no lo olvidaba, eran las más importantes.

Buscó más pinturas para colorear los ojos de Kieran en la cabeza del monigote, pero su único rotulador azul se había secado, así que no le quedó más remedio que ir en busca de su sombra de ojos. De camino al cuarto de baño, alguien tocó el timbre.

—¿Sí? —inquirió con su adorable acento sureño sin abrir del todo la cadena de la puerta.

Un hombre moreno, con los ojos más oscuros que había visto en su vida —*los que veía en el espejo cada mañana no contaban*— y el aspecto de no haber dormido durante horas aguardaba detrás. Vestía una camisa de labrador ajada y llevaba el botón de los vaqueros desabrochado.

—Perdone —espetó con insolencia—. ¿Le importaría bajar el volumen? Aún no me puedo creer que me haya tocado como vecina la única persona en esta ciudad que no escucha jazz —refunfuñó entre dientes.

Danielle lanzó una mirada inocente al salón, de donde procedían los acordes de *Dixieland Rock* en la voz de *El Rey*.

Le dedicó su mejor sonrisa —*su más arrepentida sonrisa*—.

—Oh, disculpe. Supongo que el hecho de que sea *Dixieland Rock*^[4] lo que estoy escuchando no rebajará mi condena, ¿verdad?

El hombre se inclinó para olfatear por el resquicio entre el muro y la madera.

—No —comentó con gesto agrio—. Oiga, no se haga la coqueta conmigo. Soy piloto y necesito descansar. Lamento comunicarle que su jodido guateque me lo está impidiendo.

Danielle abrió mucho los ojos mientras contenía el aliento. Allí había un filón.

—¿De coches? ¿Participa en carreras? ¿Es... ya sabe... —le guiñó un ojo—... uno de esos ases del volante que aman la velocidad y a las mujeres con la misma intensidad con que se enciende un motor?

El desconocido la miró con el rostro impassible, aunque el efecto de las ojeras azuladas era bastante tétrico.

—No —respondió con sequedad—. De un *Airbus*. Y tengo jet-lag. ¿Contenta? Así que haga el favor de terminar con ese estruendo de una maldita vez.

Sin esperar réplica, se dio la vuelta y desapareció en el pasillo contiguo. Solo unos segundos después, un portazo hizo retumbar el edificio.

Danielle dio un respingo. No toleraba los malos modales. Su buena educación no se lo permitía, y se sentía orgullosa de ello. Por ejemplo, ese imbécil la había interrumpido en mitad de una misión de alta trascendencia, y ella no se había comportado como un orangután recién llegado de la selva. Sin embargo, él había lanzado órdenes a diestro y siniestro, como si fuera el mismísimo senador de Louisiana, y no se había molestado en pedir las cosas por favor.

Cerró la puerta despacio —*para compensar*— y regresó a sus quehaceres sobre la mesa de la pequeña sala de estar, solo para darse cuenta de que aún no tenía la sombra azul. De camino al cuarto de baño, le dio un pellizco a la rueda del equipo de música, que se deslizó hasta el tope.

PASO 3: ES LA HORA DE VESTIR A SU MUÑECO. CONSÍGALE LA ROPA ADECUADA O FABRÍQUELA USTED MISMO. ¡NO SE DETENGA AHORA, ES MUY FÁCIL!

Danielle recorrió todos los pasillos del centro comercial Riverwalk, a orillas del Mississippi, en busca de la tienda que más le convenía a su precario estado económico. Aún faltaba una semana para que su paga fuera depositada en la cuenta corriente, pero su plan era demasiado infalible como para dejar cabos sueltos.

Tenía que comprarse un vestido, el más sexy, bonito y elegante que existiera, para su primera cita con Kieran. No es que se la hubiera pedido ya, pero a juzgar por sus constantes revoloteos en torno a la puerta trasera del museo, no debía de faltar mucho.

Lo había visto por última vez tan solo un día antes. Se estaba fumando un pitillo con una de aquellas preciosas —y *costosas*— botas apoyada en la pared del callejón. Había inclinado levemente la cabeza a su paso, y Danielle tuvo que morderse los carrillos para no echarse a reír como una estúpida. Lo malo había sido que, entre las mandíbulas apretadas y la lengua reseca por culpa de los nervios, no había sido capaz de decir ni *hola*.

Pero... ¿a quién le importa eso cuando tiene en sus manos el arma más potente de la magia negra? A ella no, desde luego. Y seguro que a Kieran, cuando vivieran felices el resto de sus días, tampoco. Sería una buena anécdota que contar a los nietos.

Acarició el muñeco que viajaba con ella en el fondo de su enorme bolso. Ya tenía ojos, boca, e incluso se había permitido el lujo de pegar con cola de contacto unos cuantos trozos de *spaguetti* que hicieran las veces de pelo. Con retales de bolsa de basura se había encargado de fabricar su atuendo de cuero, y la verdad es que no podía quejarse; daba el pego. Lo más difícil había sido encontrar algo que le sirviese como calzado, pero al fin lo había encontrado.

La pena era que el canario se había quedado sin comederos otra vez.

Pero ya se encargaría ella de conseguirle otros. De momento, podía seguir picoteando alpiste en la barrita con miel que colgaba entre las rejillas.

Entró ojo avizor en *Ann Taylor Loft*. Como su prima Celia solía decir, no había oferta que se le resistiera ni *ganga* que no encontrara. Estaba dispuesta a hacer gala de sus habilidades como *shopper* en ese preciso instante.

El vestido negro de estilo *baby doll* con el que abandonó la tienda era perfecto. No había resultado tan barato como le hubiera gustado, pero... ¿qué eran setenta y nueve dólares al lado de la felicidad eterna?

Regresó a casa impaciente por leer la siguiente pauta del manual, pero un molesto obstáculo se interpuso en su camino justo en la puerta del ascensor.

—Ah, vaya, es usted.

Con gesto cáustico saludó al piloto de aviación que tan amablemente la providencia divina había situado en el piso de al lado.

Tenía, todo hay que decirlo, uno de los mejores cuerpos que había visto en un hombre, y eso que no había tenido el gusto de tantear tantos como le hubiera gustado. Sus rizos traicioneros brillaban con la luz del patio interior, y su ropa, tan informal como la de la vez pasada, se amoldaba a sus bronceados músculos.

No era Kieran, pero de igual forma era un bombón.

—¿Qué tal todo por las alturas? —agregó con desgana, y maldijo en su fuero interno sus arraigados modales sureños. Ese tipo no merecía tantas consideraciones, ni porque fuera su vecino ni porque estuviera como un queso.

Mister Airbus la miró con fijeza, y Danielle reprimió el impulso de toquetearse la cara. Mosquitos, restos de helado, rímel corrido. Cualquier cosa podía pasar en Nueva Orleans, y una chica nunca estaba lo bastante preparada como para enfrentarse a todas a la vez.

—Eh, bien. Bien —respondió al fin—. Muchas... nubes. Pájaros. Azul. Ya sabe.

Danielle pestañeó desconcertada. ¿Aquella cara de lelo redomado sería de nacimiento o le habría dado un aire?

—Sí. Ya sé. Y ahora, si me disculpa, tengo un poco de prisa...

Hizo un amago de placaje con intención de llegar a la puerta del ascensor, pero un bíceps de bronce se lo impidió.

—Perdone, pero yo —balbuceó él—, bueno, quería decirle que no fue mi intención ofenderla el otro día. Sí, eso. Y que no siempre soy tan grosero. Solo cuando me despiertan; debe de ser un... un problema de familia.

A Danielle le habría gustado tener la capacidad de responder con coherencia, pero su vista se clavaba de forma descarada en el bíceps que le tapaba la cara, en la forma redondeada y prieta del bíceps, en la fina y brillante capa de sudor que recubría el bíceps, en...

—Eeh, sí, claro. Por supuesto. Lo que usted diga. —Cabeceó—. Ahora, si me disculpa...

—Seguro. —El bíceps desapareció de su campo de visión, y el interior de Danielle gimió desconsolado—. Tiene prisa; lo sé.

El olor a feromonas ardientes se desvaneció, y las paredes del ascensor la engulleron. Inspiró hondo, sintiendo que el perfume masculino de *Mister Airbus* aún contaminaba el oxígeno del aire, mientras las pisadas de sus botas de montaña se perdían en dirección a la calle.

Apretó el botón número dos con un suspiro.

PASO 4: ES LA HORA DEL RITUAL DE CONSAGRACIÓN. ¡DELE VIDA A SU MUÑECO!

Zack Liner pegó los orificios nasales a los hornillos de la cocina y comprobó cada mando del gas. Destapó el cubo de la basura varias veces y abrió la nevera hasta que sintió frío en los hombros. Se fijó en cada ventana, pero todas estaban cerradas.

No. La peste no salía de ningún rincón de su hogar, más bien procedía de...

—¡Maldición!

Abrió con rabia la puerta principal, y una oleada pestilente le dio la bienvenida desde el pasillo de la segunda planta.

Joder. Se sentía como el jodido enanito gruñón, pero ya era la segunda vez en lo que iba de semana que esa muchacha impertinente lo sacaba de sus casillas. Lo volvía tarumba. Le retorció los huevos y no se los aflojaba.

En definitiva, lo despertaba en el primer sueño.

—¡Abra la puerta! ¡Abra esta maldita puerta! —Aporreó la madera; solo se detuvo cuando las viejas astillas emitieron un chasquido.

Se mesó los cabellos y se paseó por el corredor mientras aguardaba a que esa insolente obedeciera su orden. Iba a cantarle las cuarenta. Iba a poner los puntos sobre las íes y no dejar ningún cabo suelto. Iba a hacerle entender a esa desvergonzada un par de cuestiones sobre ciudadanía y respeto por los demás. Iba a...

Iba a devorar esa boca abrasadora y hundirle la lengua hasta la garganta.

Cuando la mujer abrió la puerta, se encontró sumido de nuevo en un proceso agudo de eso que se ha dado en llamar *síndrome de enajenación mental transitoria*. Vamos, que la carnosidad de sus labios lo volvió del revés, y el brillo oscuro de sus ojos enormes lo puso a mil.

—¿Sí? —dijo ella con una ceja alzada—. ¿Qué quiere ahora?

Llévate a la cama. ¡No! ¿Qué demonios le estaba pasando? Piensa con claridad, Liner. No la mires. Te ha despertado, y esta noche embarcas hacia Toronto. ¡No la mires!

—Disculpe, señorita. A riesgo de parecer pesado e inoportuno —arqueó el labio superior en un gesto de furia—, ¿podría explicarme por qué cojones mi casa apesta a herbolario y hay humo por todo el zaguán?

—Danielle —respondió ella sin inmutarse.

Zack parpadeó.

—¿Perdón?

—Me llamo Danielle, no señorita. Odio que me llamen señorita.

Así que Danielle, ¿eh? Era perfecto para ella. Igual de dulce que el lunar que tenía en la barbilla.

—Está bien, Danielle. Resulta que yo estaba...

—¿Durmiendo? —No despegaba los ojos de él, y ojalá lo hiciera, porque no sabía en qué momento dejaría de tener consideración con las normas de la decencia.

—Sí, durmiendo... —Meneó la cabeza como si acabara de despertar—. Durmiendo, maldita sea. Y entonces el aire de mi cuarto se ha llenado de un insoportable aroma a iglesia, como si el Vaticano en pleno hubiese decidido realizar un cónclave en él.

Danielle asintió con la cabeza. No parecía darle demasiada importancia al hecho de que había molestado a uno de sus vecinos y había incordiado a un profesional que se jugaba la vida con su trabajo.

—Ajá.

Zack la miró estupefacto.

—¿No tienes nada que decir? Primero, ruidos; ahora, olores... ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Le vas a prender fuego a mi casa?

—Es posible —dijo ella, encogiéndose de hombros y con cara de estar a punto de darle con la puerta en las narices.

—Oye, mira, me aguarda una noche muy movidita y no pienso tolerar que una... —la miró de arriba abajo—... *bruja* impertinente me desconcentre con sus trucos de sólo Dios sabe qué clase de hechicería.

Danielle abrió la boca, y sus mejillas enrojecieron de inmediato.

—¿Pero quién se ha creído que es usted para venir a escandalizarme en mi propia casa con sus prácticas sexuales? No es de mi incumbencia si esta noche tiene una orgía o siete, oiga.

Tarde se dio cuenta Zack de cómo se habían malinterpretado sus palabras. Tenía una reputación que mantener, y que la sexy y extraña vecinita de al lado lo considerase un perverso en potencia no era la mejor forma de preservarla.

—¡No, no! ¡No me has entendido! Espera, por favor...

—¡Largo de aquí!

Antes de poder ofrecerle una explicación acerca del verdadero motivo de su ajetreo, la madera se cerró delante de él con un ruido sordo que resonó en todo el edificio.

Fantástico.

PASO 5: LA VISUALIZACIÓN ES FUNDAMENTAL. EVITE DISTRACCIONES MIENTRAS LE PROPORCIONA UNA IDENTIDAD A SU MUÑECO.

Danielle le hizo un gesto obsceno a la puerta cuando la interpuso entre el pesado de al lado y ella. No era su culpa si los conos de incienso venían sin manual de instrucciones. ¿Qué iba ella a saber que quemarlos sobre el ambientador iba a provocar semejante humareda? ¿Desde cuándo el alcohol aromático era inflamable?

Aunque si el castigo por su torpeza consistía en tener ante su piso a *Mister Airbus* cada vez que se diera la vuelta, benditos fueran los hados por hacerla tan desgarbada y poco hábil.

¡No, Danielle! Estaba prohibido pensar en él. Que fuera un delicioso caramelo de tofe envuelto en chocolate con almendras no lo hacía menos plasta ni menos repulsivo. Cuando vivía en la campestre casa de la abuela, apartada del centro del pueblo, nunca pensó que tener vecinos sería tan complicado. Tampoco pensó que el más macizo de todos le fuera a tocar a ella, pero esa era otra historia...

Volvió sobre sus pasos hacia la mesa de la cocina, donde había dejado en marcha el engranaje del ritual. Lo cierto es que aquel conjuro, o hechizo, o práctica, o lo que fuera, empeoraba por momentos. No solo había dejado un enorme cerco de humo en el techo de la cocina, sino que, además, había tenido que invadir la casa de velas y cirios pascuales. Su habitación parecía un escenario de *El exorcista*.

Y ahora tocaba la parte más complicada: la famosa visualización. Se suponía que tenía que recitar un poema con ambas manos dejando fluir su energía sobre el muñeco, sin permitir que ninguna vela se apagase y mientras recreaba en su mente la imagen de Kieran. Eso hacía un total de cuatro acciones a la vez. *Ja*. Y Dory decía que todo era *taaan* sencillo.

Abrió el manual por la sección de consagración y se dispuso a empezar. Ya había tenido suficientes interrupciones en lo que iba de día, sobre todo por culpa del maldito *Mister Airbus*, que a estas horas seguramente estaba llenando su cuadra de látigos y esposas de plumas con las que sodomizar a muchachitas curvilíneas y ardientes que...

Danielle tosió.

Y se dispuso a empezar.

Kieran, así te veo yo y así te represento yo.

Las palmas de sus manos levitaban sobre la oronda panza del muñeco de trapo, y podía sentir el calor que desprendían las velas en la curva de su nuca.

Qué idiotez, seguro que a *Mister Airbus* no le hacían falta tantas pamplinas para meter a una mujer —o a varias— en su cama y hacerles todo tipo de cosas deliciosas con las que...

Mierda. Tendría que empezar de nuevo.

Kieran, así te veo yo y así te represento yo.

Aunque ambos estéis separados, yo os convierto en uno.

Mmmm, esa frase tenía la suficiente cantidad de doble sentido como para que su mente volara de nuevo en dirección a su caliente vecino de al lado y a la suerte de prácticas depravadas y lujuriosas que llevaría a cabo sobre su lecho. Seguro que tenía todo un harén de azafatas dispuestas a llevarse a sí mismas en el carrito en dirección a sus brazos.

Un molesto pinchazo se extendió por sus muñecas. ¡Oh, no! Si no se hubiera dedicado a divagar acerca de tonterías, se habría percatado de la columna de humo que ascendía a través del muñeco. Y, mal que le pesase a Marie Laveau, no se trataba de una muestra de la nueva energía que poseía el muñeco, sino que lo había empujado sin querer hacia las velas y ahora toda la tela de arpillera estaba cubierta de una negruzca capa de cenizas.

Genial. *Mini Kieran* lucía un bronceado propio de un surfero californiano.

Renegó entre dientes de su gran estupidez y, meneando la cabeza, sopló para enfriarlo. Se dispuso a comenzar de nuevo y esta vez se juró a sí misma que la sesión finalizaría sin incidentes.

Kieran, así te veo yo y así te represento yo.

Aunque ambos estéis separados, yo os convierto en uno.

Vuestra vida acaba de empezar.

Salpicó agua bendita de uno de los frasquitos que Dory le había entregado.

Con agua yo consagro este muñeco como Kieran.

A continuación, Danielle lo hizo sobrevolar los conos de incienso y recordó lo mucho que le gustaba jugar de pequeña con cometas y objetos voladores.

Seguro que *Mister Airbus* también había pasado su infancia lanzando juguetes al aire. Y probablemente también era de los que pescaba en el río, de los que se emborrachaba en la cantina del pueblo con sus amigos desde los trece años, de los que volvía locas a las nenas de todo el condado y de los que conducía un Chevy incluso antes de tener permiso. Mirándolo bien, era una de sus fantasías de adolescente, por no decir la más potente.

¡Mierda! Lo había vuelto a hacer.

Cerró los ojos e inspiró hondo. Todo lo hondo que el humo del incienso y de las velas le permitió inspirar sin morir intoxicada.

Con aire yo consagro este muñeco de poder como Kieran.

Le tocó el turno al fuego. Volvió a repetir la cantinela mientras pasaba los bracitos del muñeco por encima de las llamas, con cuidado de que no sufriera una nueva

incineración que lo convirtiera en Louis Armstrong.

Sonrió cuando llegó al último paso del ritual. Ya casi lo había conseguido.

Volcó unos cuantos granos de tierra húmeda sobre la cabeza de *Mini Kieran* desde un pequeño saquito de papel marrón.

Con tierra yo consagro este muñeco de poder como Kieran.

Su sonrisa se ensanchó. Listo. Ahora podría apagar todas aquellas cosas, encender la luz en los interruptores y pasar al punto en que aquello se ponía de verdad interesante: los alfileres.

Esa misma noche podría comenzar a trabajar sobre ello. Eso, si los ruidos orgásmicos y los chirridos de la cama de *Mister Airbus* lo permitían. Igual que su propia envidia.

PASO 6: CLAVE EL PRIMER ALFILER ENTRE LAS CEJAS DE SU MUÑECO DE PODER. ¡EL HOMBRE AL QUE DESEA CONQUISTAR NO SE LA PODRÁ QUITAR DE LA CABEZA!

Zack Liner abandonó el Aeropuerto Internacional Louis Armstrong de Nueva Orleans por las puertas correderas después de un infernal viaje de ida y vuelta a Toronto.

¿O había sido a Ottawa? A saber. Lo raro a esas alturas era que fuese capaz de distinguir Estados Unidos del Canadá.

Su coche lo esperaba en el parking y se montó en él restregándose los ojos. Tenía sueño, muchísimo sueño, pero no tenía intención de pasar por casa para echar una cabezadita. Primero, buscaría a un médico de confianza, o a un psiquiatra, o a un chamán si era preciso, que le explicara por qué había pasado las últimas doce horas obsesionado con la imagen de su vecina de puerta.

Que fuera la cosa más preciosa, con su belleza natural e ingenua, que hubiese visto en mucho tiempo, no era razón suficiente para haberla visualizado en cada azafata que entraba en la cabina, ni en cada pasajera que ascendía por la escalerilla, ni en cada empleada de los mostradores de facturación. Tampoco era cuestión de recordar el brillo de sus ojos con las luces de pista, ni la forma redondeada de ese sensual lunar con cada botón de mando.

Oh, vamos, Liner. Eres un tío guapo. Que no se diga que no puedes tener a la mujer que te dé la gana. Es solo que... estás demasiado ocupado con tu trabajo como para encontrarla...

Debería empezar por salir a buscarla. En cuanto descansara unas cuantas horas, por ejemplo, podría arreglarse un poco, dar una vuelta por el Barrio Francés y deleitarse con la visión de unas cuantas mujeres hermosas que distrajeran su atención de la pueblerina de su edificio.

Porque estaba claro que tenía un problema. Si no fuera así, no estaría viendo a Danielle en el peatón que en esos momentos cruzaba la calzada, con una graciosa minifalda azul que ondeaba en torno a sus torneados muslos y unos delicados zapatitos negros de tacón, a la altura del destartado Museo del Vudú, mientras lamía con fruición un almendrado helado que parecía a punto de resbalar por las comisuras de su dulce boca y que sus bellos ojos contemplaban con adoración a través de la multitud y que estaba a punto de ser atropellada por su coche si no se daba prisa en pisar el maldito pedal del freno que, si no recordaba mal, en algún momento de su vida cierto profesor de autoescuela le había dicho que era el de la...

—¡Mierda!

Pegó un volantazo, pero nada pudo impedir que una fila de tres coches se le echara encima por la parte trasera. Esquivó al peatón, pero las ruedas delanteras quedaron incrustadas en el bordillo y se llevaron por delante una de las aclamadas farolas de la ciudad. Varios transeúntes huyeron despavoridos de la estrecha acera y se refugiaron bajo los soportales.

Estupendo. Arregla el día, Liner.

Y por si aún no había tenido suficiente...

—¿Pero qué demonios...?

Salió del coche en cuanto escuchó aquella voz que le era tan familiar. Dio un puñetazo al humeante capó mientras Danielle se acercaba enfadada, contoneando las caderas y con una expresión furibunda en el rostro.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? ¡Tenías que ser tú, maldito... maldito... *tú!* ¿Es que acaso te has propuesto hacerme la vida imposible?

Estaba increíble cuando se enfadaba, pero por una vez Zack tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para no quedarse mirando embobado y hacer frente a la situación.

—Por supuesto que no —resopló—. Está claro que eres tú quien me persigue.

Ella respondió abriendo la boca ofendida.

—¿Yo? ¿Pero de qué hablas? Trabajo *aquí*. —Hizo un gesto difuso hacia al museo—. Vivo *aquí*. Es normal que camine por *aquí*. —Pataleó sobre el asfalto.

Así que trabajaba en el Museo del Vudú, ¿eh? No estaba de más saberlo.

—Mira, me importa un bledo donde trabajes y a qué dediques tu insignificante vida. —Hizo caso omiso al guiño de repulsa que ella le dedicó—. Lo único que sé es que, desde hace unas semanas, eres la causa o parte activa de todos los desastres que se suceden en la mía. ¿Cómo explicas eso?

Danielle enarcó una ceja.

—¿Cómo explicas tú que he estado a punto de morir atropellada por un loco psicótico? Está claro que tienes un problema mental serio. Yo que tú me lo haría mirar.

Zack meneó la cabeza. De no haber sido un hombre hecho y derecho de treinta años se hubiese echado a llorar de desesperación en plena calle.

—Me estás volviendo loco... —se quejó con tono lastimero.

A Danielle se le encendió la sonrisa.

—¿Lo ves? Vamos, te acompaño al hospital más cercano para que te hagan un chequeo.

Tal vez sus intenciones al aferrarle el brazo fueran de lo más inocentes, pero en cuanto sus cuerpos entraron en contacto, el chispazo eléctrico que se produjo entre ellos no tuvo nada de infantil.

Zack estuvo tentado de apartar la mano, pero una extraña fuerza hasta entonces desconocida se lo impidió. Había estado con muchas mujeres —*bueeeno, tal vez no tantas, pero sí las suficientes*—, y nunca había sentido la atracción irracional que Danielle desencadenaba en él. Era absurdo, ilógico y completamente fuera de lugar, pero se moría de ganas de besarla allí mismo, empujarla contra el capó del coche y demostrarle hasta qué punto su locura era reversible si ella se dejaba hacer.

—Yo...

Inclinó la cabeza, arrastrado por ese torbellino desproporcionado de emociones que brotaban de su interior como un generador. A medio camino, se detuvo, creyendo que ella lo apartaría de un manotazo o le escupiría en la cara.

Pero no lo hizo.

Danielle parecía *casi* tan confundida como él. Y *casi* tan excitada como él.

Sus labios estaban a apenas un par de centímetros de distancia, y Zack tenía plena consciencia de cómo las curvas del cuerpo femenino se aproximaban cada vez más al suyo propio, tomando forma bajo la mano que languidecía en su espalda. Había todo un corrillo de curiosos a su alrededor, dispuestos a no perder pie en la trifulca o a ayudar a los heridos si los hubiera, pero de repente ya no quedaba nadie. Solo Danielle y él, sus alientos entremezclados, el calor de sus cuerpos compitiendo con la densa humedad del ambiente.

—Tú... —Ella lo parodió sin un ápice de burla en la voz.

—Sí, yo...

Casi podía sentir la suavidad de sus labios carnosos y apetecibles bajo los suyos, el magnetismo que irradiaba su lunar, el brillo azabache de su melena rozándole el antebrazo.

—Me tengo que ir —farfulló ella de repente.

Yo también. Pero dentro de ti. Al fin y al cabo, esa sería la mejor solución, sobre todo si no quería reventar los pantalones.

Pronto se dio cuenta que las palabras de Danielle tenían un sentido muy distinto. Sobre todo, cuando la vio echar a correr, abanicándose el rostro con una mano y sujetándose la minifalda con la otra, en dirección al museo, delante de cuya fachada aguardaba una especie de *Action Man* de cuero.

Zack suspiró decepcionado, aunque hubiese preferido chillar, golpearse la cabeza y aflojarse la ropa. No en ese orden, por supuesto.

Tendría que haberlo supuesto. Danielle podía ser una sabelotodo, una provinciana y un auténtico grano en el culo en múltiples ocasiones, pero no por eso dejaba de ser preciosa.

Y otro se había dado cuenta antes que él.

PASO 7: PRUEBE AHORA CON UN ALFILER EN LA CORONILLA Y VERÁ QUE SOLO TENDRÁ OJOS PARA USTED.

Danielle apuró el paso al llegar a Esplanade Avenue. Había sido un día infernal, y se moría de ganas de llegar a casa, ponerse sus zarrapastrosos pantalones de franela y zambullirse de cabeza en una tarrina de helado.

Sus mejillas aún estaban coloradas, pero sospechaba que tenía más que ver con la escenita de esa tarde que con el calor pegajoso del interior del museo. Al fin los dueños habían descubierto las ventajas de no pagar por un servicio que no utilizaban; el problema era que, sin luz eléctrica, los aparatos de aire acondicionado no sirven para nada.

Su edificio era una de esas viejas construcciones de Nueva Orleans que pretenden imitar la antigua arquitectura colonial y que se quedan en el intento. Todo acababa reducido a un sucio y maloliente patio interior cubierto de plantas y tres pisos de corredores dispuestos en torno a él. Sin embargo, su apartamento había sido lo más barato que pudo encontrar cuando llegó a la ciudad, y aún bendecía su buena suerte por haberle permitido encontrar algo tan cerca del centro y con ascensor.

Ese día le prestó una especial atención a los rocamboleros detalles de la estructura. Como, por ejemplo, aquel blasón ficticio de escayola que decoraba una de las paredes y en el que no había reparado antes. Lo que fuera, con tal de despejar su mente y no rememorar la vergüenza que había pasado en Dumaine Street, cuando había estado a punto de dejar que *Mister Airbus* —por el amor de Dios, ni siquiera sabía el nombre del tipo— la besara delante de su trabajo, de una avalancha de desconocidos y, lo que era peor, de Kieran.

¿En qué demonios estaba pensando? Además de en los fibrosos brazos de *Mister Airbus*, su mentón orgulloso, su mirada penetrante, la redondez pecaminosa de su labio inferior...

Ni siquiera podía recordar la última vez que alguien había acariciado su espalda con el mismo perezoso deleite que él. Un momento, ¿lo había hecho alguien alguna vez? Incluso había distinguido una chispa peculiar de preocupación por ella y su salud cuando se bajó del coche después de haber estado a punto de matarla.

Claro, había sido por eso. El shock de haber estado a punto de perder la vida había activado todos los sistemas de su organismo y la había hecho estar a punto de lanzarse a los brazos de *Mister Airbus*. O, más bien, lo que la había enviado directa a sus brazos, porque a la distancia que había quedado entre ellos cuando la cabeza masculina se inclinó sobre la suya no se la podía considerar espacio desde un punto de vista científico.

Después de eso, había tenido un día de perros. Se había acercado a Kieran para tantear si el conjuro empezaba a surtir efecto, pero lo único que encontró fue una mirada desdeñosa y cuatro palabras pronunciadas por compromiso y con desgana. Era lógico, después de haber presenciado un espectáculo tan dantesco. Tanto trabajo volcado en él se había ido a la basura por culpa del idiota de su vecino.

El mismo por delante de cuya puerta pasaba ahora de puntillas, todo lo sigilosa que era capaz. Lo último que quería para estropearle el día era un nuevo encuentro con él. Tan solo quería entrar en casa sin más contratiempos y clavar un nuevo alfiler en *Mini Kieran*, más por su rabia contra el mundo que por cuestiones esotéricas.

Una vez más, el cielo se volvió en su contra. No había llegado a su destino cuando la puerta de al lado se abrió y dio paso a un malhumorado *Mister Airbus*, que había sustituido el uniforme de aviación por sus sempiternos andrajos de leñador.

—No, no, no... —comenzó ella, concentrada en introducir la llave en la cerradura—, si piensas volver a lo mismo de antes...

Antes de terminar la frase, el mundo había girado ciento ochenta grados, y ella con él. Sus pies, su torso y sus ojos habían pasado de estar de espaldas a su vecino a quedar frente a él. Y lo mejor de todo: su lengua había pasado a estar en su boca, y sus manos en torno a sus caderas.

Wow. Wow, wow, wow. Wow!

Cuando la apartó, Danielle estaba sin aliento. Por todos los cielos, era el mejor beso que le habían dado en toda su vida. No tenía ningún sentido, probablemente fuera uno de los mayores errores con los que tendría que cargar jamás y al día siguiente se arrepentiría mil veces y se moriría de la vergüenza, pero... *joder*. Había sido increíble.

Sus ojos se agrandaron con expresión interrogativa mientras a su pecho aún le costaba respirar. *Heartbreak Hotel* resonaba en su cabeza como una sensual cadencia.

Iba a tener que plantearse muy en serio dejar de escuchar a Elvis.

—Antes de que digas nada —*Mister Airbus* alzó las palmas a modo de tregua—, quiero que sepas que esto no significó nada, no cambia nada y, por supuesto, no nos une para nada.

—Nada —repitió Danielle, como si fuera un autómata.

El vecino meneó la cabeza para reafirmarse en sus palabras. O, por las caras que ponía, para tratar de convencerse a sí mismo.

—Nada.

—Ok, nada. —Danielle se encogió de hombros, aunque aún tenía la vista perdida más allá de la estratosfera. Qué casualidad, justo el mismo lugar al que debían de haberse largado su raciocinio y la firmeza de sus piernas.

—Eso es, nada —volvió a decir él.

—Muy bien. Pues nada.

Se dio la vuelta para entrar en casa de una vez por todas, pero de repente estaba de nuevo arrinconada contra la pared, y el aliento cálido de *Mister Airbus* le recorría con una parsimonia casi dolorosa el lóbulo de la oreja.

—No sé qué demonios me has hecho, pero, o paras ya, o te juro que...

Danielle arqueó una ceja. Una cosa era que estuviera más excitada que en toda su vida adulta, y otra que el tipo se le pusiera presuntuoso. Aún le quedaba dignidad. Poca, pero algún resto debía de haber por ahí, a punto de resbalar junto con sus bragas.

—¿O qué? —ironizó.

Por toda respuesta, él se limitó a adelantar sus caderas contra las suyas, hasta hacerla consciente de cuál era el precio a pagar si no detenía *aquello que fuera que se suponía que le estaba haciendo*.

Tendría que haberse mostrado escandalizada, humillada, indignada. Pero, contra toda lógica, lo único que hizo fue reprimir un gemido de placer insatisfecho.

Si su abuela la viera...

La vería fundirse en un nuevo y tórrido beso con su peor pesadilla, que besaba mejor que cualquier protagonista de sus sueños más prohibidos.

Danielle enlazó los brazos tras la nuca de *Mister Airbus* y, con un brillo coqueto en los ojos, se lanzó a sus labios como una gata en celo. Nunca supo si lo pilló desprevenido o no, pero sorteó bastante bien la situación. No tardó nada en ponerse a su altura y dejarse llevar por las acometidas de su lengua.

Cualquiera que les viera pensaría: «oh, mira, qué vergüenza» u «oh, mira, qué vergüenza, en las escaleras, ni siquiera esperan a entrar en casa». Danielle sólo podía pensar: «oh, mira, qué vergüenza; debería ser ilegal tener unos músculos tan firmes y un culo tan duro».

Y con cada nuevo suspiro que salía de sus labios, él parecía pensar algo parecido de ella, porque sus manos no se estaban quietas ni un instante. La recorrían con una voluptuosidad que hacía que Danielle, la desgarbada, redondeada y poco agraciada Danielle, se sintiese como *Jessica Rabbit*.

—Eres tan dulce... —murmuró él contra su oído.

Ella lo premió con otro gemido.

—Sigue, sigue...

Inclinada sobre la pared como una desvergonzada, notó la sonrisa masculina en su cuello.

—Y tan hermosa...

¡Dios! ¿De verdad pensaba que era hermosa? ¡Sí! ¡Lo era, lo era!

—Repíte eso —jadeó.

Mister Airbus lanzó una breve carcajada y depositó un beso húmedo bajo su mandíbula.

—Tan hermosa...

—Mmmm, sí que lo soy, ¿verdad?

—Sí, y tan dulce... —susurró justo sobre el lunar en su barbilla.

Danielle cerró los ojos y escondió un gimoteo.

—Eso ya lo has dicho.

Las manos de *Mister Airbus* se ciñeron a su cintura e iniciaron una lenta exploración hacia arriba que culminó en la curva de su pecho. Se sintió transportada a un universo paralelo, uno en el que estaba dispuesta a dejarse hacer lo que fuera allí mismo, en medio del pasillo del segundo piso, con el hombre que le estaba arruinando la vida desde hacía días.

Para ser un *arruina-vidas*, la volvía loca de deseo.

—Danielle... —musitó, y las yemas de sus dedos dibujaron círculos en sus senos por encima de la blusa, mientras su boca continuaba dejando un reguero de besos por toda su frente.

—¿Sí?

—Prometo no decirle nada a tu novio, pero invítame a tu casa, por favor...

Danielle despertó de su letargo mágico como si se hubiera dado una buena culada contra el suelo. ¿Pero qué...?

—¡Imbécil! ¿Por quién me tomas? ¡No vuelvas a tocarme!

Le cerró la puerta en las narices después de darle el empujón que merecía.

¿Cómo se atrevía a insultarla de esa forma? Ella no era una cualquiera de esas que juega a dos y tres bandas sin importarle los sentimientos de los demás. Cuando se sentía atraída por una persona, sólo tenía ojos para esa, nada más, y mucho menos andaba por ahí besuqueándose con otros sin ton ni son...

Ups. Se había olvidado de Kieran.

PASO 8: ¿SATISFECHA CON EL RESULTADO? ¿A QUE SÍ? ES LA HORA DE DAR UN PASO MÁS: CLAVE UN PAR DE ALFILERES EN LAS PALMAS DE SU MUÑECO DE PODER Y EL OBJETO DE SU DESEO NO PODRÁ QUITARLE LAS MANOS DE ENCIMA.

—Sra. Laveau, tengo un problema.

Danielle entró corriendo en la tienda de Dory y se hizo oír por encima del tintineo de las campanillas. Se precipitó hacia el almacén con la angustia reflejada en su mirada azabache.

—¿Qué ha ocurrido, niña?

Como siempre, Dory la recibió con la paciencia y el afecto de quien pasa largas horas tras el mostrador sin nadie con quien hablar.

—He besado a otro hombre —sentenció Danielle, llena de bochorno—. Y me ha gustado. Y he reincidido. —Con cada afirmación que salía de su boca, un relámpago atravesaba sus ojos y los de la Sra. Laveau—. ¿Cree que esto tendrá repercusiones sobre nuestro *asunto*?

—Pero, niña... —Dory sacudió la cabeza con desaprobación—. ¿Por qué has hecho algo así?

La cara de la joven no podía estar más ruborizada.

—Porque... porque... ¡no lo sé! Ese estúpido me asedia desde hace días y es tan guapo que... me besó, lo besé...

El rostro de la Sra. Laveau palideció.

—¿Cuántos pasos has seguido del manual?

Danielle se inquietó. ¿A qué venía ahora esa pregunta?

—Ocho. ¿Por qué? ¿Qué sucede? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Nada, nada, tranquila. —Dory meneó la cabeza con despreocupación, pero no pudo ocultar el brillo turbado de su mirada—. ¿Y has notado algún cambio en Kieran últimamente?

Danielle la miró sin pestañear.

—No, todo sigue igual que antes, supongo que aún no le ha dado tiempo a... Un momento, un momento, ¿a qué viene todo esto? Estoy empezando a agobiarme.

—Tranquila, tranquila, niña. ¿Y dices que ese hombre nuevo te asedia?

—¡Sí! ¡Me acosa! ¡Es un horror, ya no puedo aguantarlo más!

Dory inspiró hondo y canturreó algo en cajún que Danielle no acertó a entender.

—Entonces, me temo que se ha producido un caso claro de cruce de energías. ¿Seguro que has llevado a cabo todos los pasos tal y como te indicaba el manual?

—Ay, Dios mío. Ay, Dios mío. Ay, Dios. Yo creo que sí. ¿Cómo es eso del cruce de energías?

Dory comenzó a barbotar explicaciones acerca de complicados fenómenos metafísicos y anómalas serendipias fruto de la casualidad que Danielle no comprendió en absoluto. Lo que sí entendió, sin embargo, fue el meollo de la cuestión; pensar en *Mister Airbus* durante el ritual de visualización —y durante el de consagración, el de fabricación, y durante todos los procesos, en realidad—, había alejado a Kieran de la magia y había situado a su narcisista vecino en el punto de mira del vudú.

Que era torpe no era nada nuevo, pero al parecer su torpeza podía alcanzar cotas insospechadas si se la presionaba un poco.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó preocupada—. ¿Cómo lo arreglo?

—En primer lugar, vas a hablar con ese hombre misterioso. —La Sra. Laveau seguía mostrándose paciente con ella, aunque a esas alturas Danielle ya ni siquiera entendía por qué—. El pobrecillo debe de estar sufriendo un infierno sin motivo.

Si lo que quería era que no se sintiera aún más culpable, Dory iba por el camino equivocado.

—Y después —continuó—, tendrás que destruir el muñeco. Tienes un arma muy poderosa en tus manos, Danielle, y cualquier cosa que hagas con ella puede tener efectos indeseados, tanto para ti como para él.

Tragó saliva y apretó con fuerza su bolso. No podía esperar a perder de vista a *Mini Kieran*.

—Lo que pase después —puntualizó Dory con una sonrisa maliciosa—, depende de ti.

—¿A qué se refiere con *lo que pase después*?

—Tienes dos opciones. Si aún sigues interesada en Kieran, puedes repetir la operación desde el principio. Eso sí, tendríamos que trabajar esa concentración... —Pellizcó los carrillos de Danielle con la misma actitud maternal que caracterizaba a su abuela—. Pero, si por el contrario...

—¿Qué? ¿Si por el contrario qué? ¡Por supuesto que sigo interesada en Kieran! ¡Lleva botas militares, ¿no?! Y usted dijo que...

—Mi niña, no todo está escrito en los astros, ni en los posos del café. A veces suceden cosas inesperadas que son... mejores. ¿Y si ese hombre misterioso fuera para ti? ¿Y si ese fuese el auténtico?

Danielle meneó la cabeza.

—Es que todo esto es tan extraño para mí... Hace meses que espero al hombre adecuado, y en mi mente siempre ha tenido la imagen de Kieran. No es tan fácil recular y empezar a ver a *Mister Airbus* como el hombre de mi vida. ¿Y si me equivoco? —Su rostro se fue tiñendo de angustia—. ¿Y si no es más que atracción? ¿Y si todo es producto de la magia?

—Eso solo lo puedes averiguar tú.

La Sra. Laveau Junior le guiñó un ojo antes de desaparecer en la trastienda, y a Danielle nunca le resultó tan parecida a la difunta Sra. Laveau como en ese momento.

PASO 9: ¿EL HOMBRE DE TUS SUEÑOS NO TE DIRIGE LA PALABRA? ¿QUIERES MANTENER UNA CONVERSACIÓN DE MÁS DE TRES SEGUNDOS CON ÉL? ¡CLAVA UN ALFILER ENTRE SUS LABIOS!

Los nudillos de Danielle resbalaron por el ébano que la separaba de *Mister Airbus*.

Toc, toc, toc.

Inspiró hondo. La puerta se abrió.

Si tan solo no fuera así de guapo...

La silueta musculosa y bronceada de su vecino emergió a contraluz. Seguía sin separarse de la maltrecha camisa de franela y los vaqueros desabrochados. Ahora que se fijaba bien, ni siquiera había un botón en la cinturilla. Tenía el pelo revuelto, y Danielle se mordió el labio inferior.

Con la suerte que arrastraba, no sería raro que lo hubiese pillado durmiendo.

—¿Y ahora qué quieres? —dijo él con tono hosco, pero a ella no se le escapó el brillo encendido de su mirada ni la dejadez seductora con la que se apoyó sobre la jamba. Solo le faltaba pasarse el dedo por la boca al más puro estilo chico *Martini*.

—Tenemos que hablar. —Danielle se autoinvitó a entrar en la guarida del ogro. Tal y como sospechaba, no era más que una leonera de soltero, desordenada y maloliente—. Hay algo muy importante que debes saber.

Tal vez de verdad quería hablar con ella, o tal vez estaba tan cansado y soñoliento que no fue lo bastante rápido como para impedirle el paso. Fuera como fuese, *Mister Airbus* suspiró mientras cerraba la puerta tras ellos. Pero, al contrario de lo que Danielle pensaba, no suspiró por una necesidad imperante de mostrar su exasperación, sino más bien por otro tipo de necesidades que quedaron claras en cuanto aplastó su boca con la suya en un beso lento y pasional que hizo que se le erizara el vello de todo el cuerpo.

Sofocada, Danielle deseó que durara para siempre. Solo tarde se dio cuenta de lo peligroso que era en su caso desear determinadas cosas.

—Oye —comenzó—, sé que en los últimos días has estado sintiendo cosas bastante... *raras* respecto a mí. —El temblor en su voz delataba sus nervios, pero hizo lo posible por disimularlo—. Y créeme, aunque no te va a gustar, hay una explicación perfectamente lógica para ello.

El bomboncito se dejó caer sobre el sofá. Parecía agotado, como si luchar contra sus instintos más primarios fuera la misión más difícil a la que se había enfrentado en su vida. Tras él se balanceaba la jaula de un canario, que brincaba entre los barrotes asustado por la visita. Vaya, otro punto a favor del *Mister*. Resulta que tenían más cosas en común de las que pensaba.

—Lo que tú digas, muñeca. Solo una pregunta, ¿vas a dejar que te meta mano después de que me la expongas o no?

Danielle tuvo que parar de un manotazo sus dedos, que ya se acercaban por encima de la mesa camilla.

—Oye, sé que resulta difícil de creer, pero nada de lo que sientes es real, es sólo un efecto de...

No lo vio venir. Cuando se quiso dar cuenta, *Mister Airbus* estaba detrás de ella con una mano en su hombro, la otra tratando de colarse bajo su camiseta y su respiración cosquilleándole en la nuca.

—¿Que no es real? ¿Estás diciendo que el bulto que tengo en los pantalones no es real? ¿Quieres que te demuestre lo real que es?

—¡Maldito pulpo, sácame las manos de encima! —Si no hubiera estado tan desesperada por seguir sintiendo las manos masculinas sobre su cuerpo y no hubiera parecido tan encantada de derretirse entre sus brazos, tal vez su exclamación hubiese surtido algún efecto.

Pero lo único que consiguió fue que el vecinito sexy se incendiara más. Y ella también. Por todos los demonios, ¡era de las que pasaba desapercibida, no de las que se veía obligada a salir de casa armada con un matamoscas y gas pimienta!

Se puso en pie. No debía olvidar ni por un segundo que no era ella la que provocaba semejante erección —*le dirigió una mirada rápida y vaya si era real*—, sino la magia negra. Lo soltó de golpe.

—Realicé un hechizo vudú para conquistar a un hombre y, por razones que no vienen al caso, acabó actuando sobre ti. Si estás excitado, enamorado, obnubilado, o todo a la vez, lo único que puedo hacer es pedirte perdón y prometerte que se te pasará pronto y que no volverá a ocurrir.

Cric, cric. Cric, cric.

—¿¿¿Que qué??? ¿¿¿Cómo que un...??? ¿¿¿Que actuó cómo???

Danielle no sabía qué era más difícil de soportar, si el volumen de su voz o la decepción en su mirada. Por un instante, deseó poder volver atrás en el tiempo.

¡Un momento! ¿Y Kieran? ¿Qué hacía pensando sandeces una vez más?

—Toda la culpa es mía. Entiendo que estés molesto, pero espero que puedas entenderlo.

Mister Airbus se desenvolvía por la estancia como una fiera en celo. Se mesaba los cabellos oscuros y pateaba todo objeto no identificado que encontraba a su paso.

—Esto es increíble. No solo tengo la mala suerte de caer al lado de una loca que me despierta sin cesar, sino que encima resulta que la loca es una bruja que anda por ahí lanzando hechizos como si fueran collares del Mardi Gras.

Danielle abrió la boca, ofendida.

—Oye, no hace falta que me insultes. He creído que lo más correcto era pedirte perdón y así lo he hecho. —Comenzó a deambular en torno al sofá, huyendo de su cercana amenaza. En el trayecto tropezó con algo y se detuvo para ver qué era. Una tarrina vacía de helado de almendra—. ¿Te gusta el helado de almendra? —preguntó como una estúpida, con la boca abierta y los ojos de par en par.

Mister Airbus se palmeó los muslos.

—¿Y eso qué importa ahora?

Danielle cabeceó.

—No, nada, es solo que...

—Lárgate de aquí. —La voz masculina sonó fría y letal—. Y procura no cruzarte en el camino de Zack Liner a partir de ahora, muchacha. No quiero tener nada que ver contigo.

—¿Zack Liner? ¿Ese es tu nombre? —Ella pestañeó.

—Sí, ese es mi nombre —refunfuñó *Mister Airbus*, alias Zack, de camino a la puerta. Una salida que parecía más que dispuesto a enseñarle.

Zack. Sonaba bien. No era exótico ni glamuroso, como Kieran, pero tenía fuerza. Un nombre muy acorde con su masculinidad y su actitud rotunda. Habría sido un perfecto nombre para todos aquellos jovencitos rebeldes que habían formado parte de sus fantasías en la adolescencia, y que estaban a años luz del cuero y la sofisticación siniestra de los góticos de Decatur Street.

Humillada, caminó hasta el umbral con la cabeza gacha. Acababa de echar a perder cualquier oportunidad que alguna vez pudiera haber existido entre ellos. Entre la provinciana Danielle y el hombre que tenía un canario en casa, comía helado de almendra y tenía un cuerpo de infarto con el que surcar los cielos.

—Solo una cosa más. —Oyó que él preguntaba a sus espaldas. Se dio la vuelta y lo encontró con el ceño fruncido y una expresión inescrutable en la mirada—. ¿Por qué él? ¿Qué tiene ese tipo que mereciera su propio vudú y yo no?

Ahora ya sabía lo que el negro de sus ojos se empeñaba en ocultar. Frustración.

Y no había forma humana de que Danielle se sintiera más avergonzada y culpable.

—Bueno, yo... Las cartas de la Sra. Laveau dijeron que el hombre que me estaba destinado vestirá botas militares y yo pensé que... pensé que... —hizo un esfuerzo para tragarse las lágrimas.

Zack se mantuvo firme en su postura, con los pulgares enganchados a la cinturilla de los vaqueros y los hombros encogidos. Después de un rato, bufó y se encaminó hacia el armario de los abrigos. En cuanto tocó la manilla, decenas de pares de *NewRocks*, *Doc Marten's* y *Magnum* cayeron como un castillo de naipes y se esparcieron por todo el salón.

Las ganas de llorar de Danielle se acentuaron.

—Esto es lo que estabas buscando, ¿no? —dijo él, y el reproche doliente de su voz se le atascó a la altura del pecho—. Pues aquí lo tienes.

—Pero yo no podía saberlo...

—Es imposible que pueda llevarlas en el trabajo, y en los últimos tiempos no salgo mucho. Sobre todo desde que me veo obligado a arañar minutos de sueño como un jodido mendigo.

Danielle parpadeó, cada vez más cerca del pasillo que la alejaría de esa pesadilla repleta de botas negras, helado de almendra y la voz de Elvis cantando *Suspicious minds* dentro de su cabeza.

Maldita sea. *Serás El Rey, pero cállate.*

—Lo siento —consiguió articular. Seguro que no servía de mucho, pero era lo único que podía decir. Aún estaba conmocionada por el descubrimiento tras el ropero.

Zack arrimó la puerta hasta que su hermoso rostro solo fue visible a través de una rendija.

—Tal vez deberías dejar de creer en chorradas y empezar a guiarte por tu instinto.

Luego, sin más, cerró.

PASO 10: NOTARÁS LA DIFERENCIA SI CLAVAS UN PAR DE ALFILERES EN CADA PIE DE TU MUÑECO DE PODER. ¡NO SE PODRÁ ALEJAR DE TI!

Danielle llegó al museo con surcos bajo los ojos y un profundo mohín de desconsuelo en los labios. Sin embargo, a medida que fue avanzando su jornada, logró que su estado de ánimo mejorara. Al fin y al cabo, ya que los astros le habían otorgado la privilegiada oportunidad de verse asediada por dos hombres, iba a aprovecharse de ello.

Zack besaba mejor que nadie que hubiera conocido, era más guapo que el infierno y aún no podía olvidar el beso con el que la había sorprendido en su casa. Pero no era, ni muchísimo menos, el único hombre en el mundo.

Aún quedaba Kieran.

Estaba claro que su muñeco tendría que ser destruido y, después de la experiencia, Danielle no estaba segura de querer repetir la operación, pero al menos había aprendido la lección.

Tendría que valerse de sus propios —y *dudosos*— encantos para conquistarlo. Pero a esas alturas de su vida, no le cabía ninguna duda de que lo conseguiría.

Cuando finalizó su turno, antes del anochecer, cruzó los dedos para que él estuviera esperando fuera. Si de verdad su energía era tan poderosa iba a emplearla a su favor, así fuera la última cosa que hiciera.

Bingo.

Allí estaba, con su ondeante ropa de piel, su lustroso pelo rubio y sus *NewRocks* en los pies.

Vale, no tenía el aire pícaro y malicioso de Zack, pero seguía siendo guapísimo. Y misterioso. Y encantador. Tenía muchas virtudes, de hecho. A la abuela le encantaría.

Tratando de dar esquinazo a la vocecilla acusica que le recordaba lo muchísimo más contenta y orgullosa que se habría sentido la abuela de haberse presentado en su casa del pueblo con un tío vestido de piloto, se acercó al objeto de sus deseos.

—¡Hola! —saludó, e inmediatamente se sintió estúpida.

Kieran lanzó al suelo la colilla de su cigarro antes de responder.

—Hola —dijo con una sonrisa torcida.

—Vienes muy a menudo, ¿no? —Estaba claro que el muñeco de poder no había actuado a su favor, porque aquello no podía considerarse siquiera una conversación.

Él entrecerró sus preciosos ojos azules.

—Sí, bastante.

Danielle siguió sonriendo mientras oteaba el cielo. Para su desgracia, ese día no había nada en el clima que mereciera ser destacado.

—Buscas a Steph, ¿no? —inquirió al fin, más por decir algo que por un interés real.

Kieran asintió con la cabeza. Estaba tan guapo que Danielle no pudo hacer sino sonreír como una idiota babeante. Sin embargo, su parquedad empezaba a hacerla sentir incómoda. Tendría que cambiar ese desagradable hábito cuando se casaran.

Decidida a no desperdiciar la ocasión de pasar más tiempo con él, lanzó otra de sus intrascendentes preguntas.

—¿Te debe dinero o algo así?

Primero, Kieran se quedó mirándola como si acabara de aterrizar desde otro planeta. Luego, lanzó una carcajada tan estruendosa que parecía imposible que hubiera salido de unos labios tan angelicales. Y, por último, siguió riéndose tan fuerte que Danielle miró hacia ambos lados de la calle, preguntándose qué sería aquello tan gracioso.

Hasta que, para no sentirse fuera de lugar, se dejó contagiar por su risa.

—Claro que no —replicó él, sin parar de reír—. Salimos juntos, joder. Desde hace tres meses.

La sonrisa de Danielle murió en sus labios. Para cuando Steph abandonó el museo y se lanzó a los labios de Kieran, interpretando a la perfección su papel de pareja perfecta del hombre perfecto, ella ya corría calle abajo con las mejillas ardiendo de mortificación.

PASO 11: ÁNIMO, COMPAÑERA, YA QUEDA MENOS. SIN EMBARGO, ESTE ES UN PASO QUE NO DEBES OBVIAR, YA QUE UN ALFILER EN SU OMBLIGO DEBERÁS CLAVAR. NO DUDES DE TU PODER A PARTIR DE ESTE MOMENTO, ¡SERÁS EL CENTRO DEL MUNDO!

En cuanto puso un pie en su apartamento, Danielle se apresuró a encender todos los fogones. En su casa no había chimenea ni efectivas estufas eléctricas, pero no por ello iba a dejar de hacer lo que tenía que hacer.

Con más frustración, vergüenza y desilusión de las que cualquier ser humano vivo puede cargar a sus espaldas, lanzó el muñeco de poder a las azuladas llamas del gas. *Mini Kieran* quedó reducido a cenizas con la misma indiferencia con la que había nacido. Ni una mueca en su rostro de arpillera, ni un quejido de dolor en sus labios pintados con carmín.

Con un movimiento de la cadera, subió el volumen del equipo de música. Maldito Elvis. Siempre tan inoportuno. En cuanto escuchó las primeras notas de *Love me tender*, toda su entereza —*si es que alguna vez había tenido de eso*— se vino abajo.

Cantando a voz en grito con la desesperación de un borracho en una cantina, se preguntó qué extraño designio la había obligado a vivir siempre relegada a un segundo plano. Siempre había habido chicas más bonitas que ella, chicas más populares que ella. Las había más inteligentes que ella, con carreras universitarias o buenos trabajos que no implicaban repetir una y otra vez la misma sandez en tres idiomas, dos de los cuales había aprendido a pronunciar viendo la teletienda.

Había muchachas que encontraban novio durante el instituto y no se separaban nunca más de él. Las había que se casaban después de la graduación, o que no llegaba solteras a la veintena, y eso en su pequeño pueblecito de Louisiana era un honor más grande que ser visitado por el presidente de los Estados Unidos o que salir en la portada de *Cosmopolitan*. Aunque también las había, de hecho, que salían en la portada de *Cosmopolitan*.

Otras eran madres, y se sentían felices sin tener otra cosa que hacer a lo largo del día que dar de mamar o consentir a sus pequeños malcriados cada vez que estos empezaban a berrear. Las había que triunfaban en Hollywood, que salían en la tele, que podían ver su rostro a una cantidad tal de pulgadas que hasta los extraterrestres podrían admirar su belleza desde el espacio.

Las había que volaban de flor en flor, picoteando aquí y allá, hasta encontrar el arbusto de sus sueños. Las había que acumulaban divorcios con la misma facilidad que periódicos viejos en el desván; sus fechas de boda convertidas en una efeméride más. Otras permanecían solteras por convicción, y eran felices así. También había monjas, prostitutas, cocineras, ejecutivas, *strippers*, atletas, conductoras de tranvía, cantantes, maestras, multimillonarias que contrataban masajistas para su perro.

Y allí, en el fondo, perdida en la base de la pirámide, o más abajo aún, estaba Danielle Boudreaux.

Fracasada. Perdedora. Soltera por obligación. Con un cuerpo, una cara y un pelo tan corrientes que ni siquiera podía destacar por fea. Con un trabajo tan mediocre que ni siquiera podía ser motivo de escarnio. Con un apartamento en una zona tan anodina que ni siquiera podía presumir de correr peligro cuando llegaba a casa sola después del oscurecer. Con una vida social tan insulsa que era del todo inexistente. Con un acento sureño que, en su voz, no sonaba dulce o acaramelado, como en el noventa y nueve por ciento de las muchachas de Louisiana, sino más bien como el graznido de un cuco rabioso en busca de nido.

Y, además de todo eso, era tonta de remate. Porque había perdido la única oportunidad que había tenido en su vida de sentirse como esas actrices de Hollywood a las que hasta los marcianos idolatran, como una estrella en su función estelar, como una madre de familia abnegada que merece los respetos de todo un pueblo, como una ejecutiva agresiva que hace papilla Wall Street y se embolsa dólares como caramelos.

Todo lo que Zack le había hecho sentir.

Mientras contemplaba cómo *Mini Kieran* era pasto de las llamas, pensó que tal vez ya era hora de volver a casa.

Su aventura orleanniana había terminado.

PASO 12: ALFILERES EN EL CORAZÓN. ESTOS SON LOS MÁS IMPORTANTES. TAL VEZ NUNCA SOÑASTE CON CLAVARLOS, PERO ES PROBABLE QUE ELLOS SE CLAVEN EN TI. Y ENTONCES NADA, NI SIQUIERA ESTE CONJURO, SERVIRÁ PARA SACÁRTELOS DE AHÍ.

Toc, toc, toc.

Maldición. Y ahora, ¿qué?

Danielle dejó una de sus camisas a medio doblar encima de la maleta abierta y se encaminó hacia la entrada. Había tardado más de lo normal en preparar el equipaje, porque también había tardado más de lo normal en guardar el vestido que había comprado para su primera cita con Kieran. Para ser precisos, había tardado lo mismo que en ir al cuarto de baño, agarrar el rollo de papel higiénico y secarse el rimel frente al espejo.

—¿Qué quiere? —bufó mientras recorría el pestillo, imaginando que del otro lado estarían la casera o el jardinero con alguna de sus agotadoras monsergas.

Pero no era ninguno de los dos.

El brazo de Zack Liner la agarró por las solapas del uniforme del trabajo, la aprisionó contra su torso pétreo y cerró la puerta de una patada tras ellos.

Danielle intentó gritar, más por el susto que por el miedo, pero los labios de él apresaron los suyos en una orden tácita de silencio. Una vez más, lo único que pudo hacer fue temblar entre sus brazos. Y vaya si tembló.

—Haz el favor —masculló él con voz ahogada tras romper el beso—, de acabar de una buena vez con ese muñeco o ese hechizo o lo que sea. Me estás volviendo loco —agregó con ronquedad.

Ella meneó la cabeza atónita.

—Pero si ya lo he hecho —balbuceó. Su voz no mostraba la misma firmeza que sus manos, que se aferraban como garras a los bíceps de Zack con intención de no dejarlo escapar.

Él se burló.

—¿Me tomas por imbécil? No había estado tan duro en mi vida, y te juro por lo más sagrado que voy a reventar estos pantalones si no te tumbo sobre la cama ahora mismo.

Iba a ir al infierno de cabeza. Su abuela la iba a desheredar. Sería una descastada más de las muchas que eran excluidas del pueblo por su moral relajada y su vida disoluta. Se le ocurrían millones de consecuencias nefastas si se dejaba llevar, pero allí, entre los brazos del hombre más sexy del mundo y ante la oportunidad de enmendar sus errores, Danielle estaba más que dispuesta a hacerlo.

—Pues hazlo —espetó con un brillo de voluptuosidad en los ojos y una pizca de humedad en los labios.

Zack la miró a ella, luego a la puerta del dormitorio, luego a ella de nuevo y, por último, a las estiradas costuras de sus pantalones.

—¿No te importa que todo sea una farsa?

Danielle sonrió. Había cometido muchas equivocaciones, y Dios sabía bien que lo de utilizar magia negra no había sido buena idea. Sin embargo, la vida le ofrecía de nuevo el lugar que tanto había estado esperando. Y ese, se mirara por donde mirara, no era ninguna farsa.

Las cenizas crepitantes de *Mini Kieran* no tenían nada que ver con la chispa de expectación en los ojos de Zack, ni con el bulto que palpitaba entre sus caderas, ni con los jadeos irregulares que salían de su boca, y ella lo sabía mejor que nadie.

Con un guiño, hizo un gesto liviano hacia los hornillos. Zack miró en su dirección.

—¿Qué demonios es eso?

Con los ojos como platos, tiró de ella hasta la cocina. Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada, mientras él comprendía la situación y ella aguardaba sonriente su reacción.

—¿Esto quiere decir que...?

Danielle asintió despacio mientras se pegaba a su cuerpo bronceado y, repentinamente, cubierto de sudor.

—Solo dime cuándo y dónde quieres que te lo demuestre.

—¿Demostrarme el qué? —tartamudeó él.

Ella arqueó una ceja con malicia.

—La magia que mi cuerpo puede obrar sobre ti. Y sin ayuda del vudú.

Los ojos de Zack relampaguearon, y una sonrisa traviesa curvó sus labios mientras se inclinaba para agarrar a Danielle por la cintura.

—Ahora. Y aquí.

De mutuo acuerdo, apostaron quién entraría antes en el dormitorio y, entre risas, echaron a correr.

No llegaron ni al salón.

PASO 13 (AÑADIDO POR DANIELLE BOUDREAUX): DE CÓMO EL VUDÚ CAMBIÓ MI VIDA.

Querido lector.

¡Oh, Dios mío! ¡No me puedo creer que yo esté escribiendo esto! Espera, espera...

Estimado lector (wow, wow, wowww).

Devoto lector (¡si mi abuela pudiera verme!).

A todos mis fans... (no, esto ya es pasarse, ¿verdad?) Dejémoslo en querido lector.

Te sorprenderá encontrar garabateados los márgenes de este manual, pero estoy segura de que entenderás mi necesidad de transmitirme mi experiencia de algún modo.

*No puedo decir que practicar vudú me sirviera para algo. Pero sí puedo decir que un muñeco vudú cambió mi existencia. Como mi abuelita suele decir: «Danielle, chérie, no se muerde la mano que te da de comer...». Así que yo no lo haré. Los modales ante todo, que no se diga que no soy una buena sureña. Además, creo que Dory se sentiría realmente decepcionada conmigo si no aprovechara este hueco para hacerle un poco de buena propaganda (**Establecimiento de la Sra. Laveau. Todo para sus rituales de vudú, magia negra y hechicería. En Bourbon Street, justo entre esas chicas que se desnudan y el sex-shop del marido de la Sra. Laveau. ¡No deje de visitarla!**)*

A lo que íbamos...

Un segundo, por favor, con este estruendo no puedo pensar...

—¡Zack! Por todos los infiernos, ¿quieres bajar el volumen de la música?

—¡Pero si es El Rey!

—¡Burning Love no es el mejor modo de concentrarse!

Ya estoy aquí. Otra vez. Perdón por la interrupción. Y por hacerte cambiar de hoja. Te juro que escribo lo más pequeño que puedo.

Como te iba diciendo, estimadísimo lector, el vudú cambió mi vida. Mi muñeco acabó en el fuego, es cierto, y yo estuve a punto de cometer la grandísima locura de abandonar Nueva Orleans, pero afortunadamente todo salió bien y, a día de hoy, no te imaginas cuánto me alegro de haber optado por el camino de los alfileres. Tal vez el resultado hubiese sido el mismo de haberme decantado por la vía de la calceta o el ganchillo, pero eso nunca lo sabré.

Solo sé que un minúsculo monigote relleno de semillas trajo a Zack a mi vida, yo logré que se quedara en ella, y el resto lo construiremos entre los dos. Hace dos meses que soy feliz al lado de mi guapísimo, masculino, bronceado y tierno Mister Airbus, y eso es lo que importa (viajar gratis y que te lleven en coche al trabajo también ayuda bastante, lo reconozco).

Antes de desviarme más del tema (y antes de ponerme a babear), te diré la moraleja de esta historia, el porqué de mi necesidad de escribirte a ti, lector desconocido, porque sé que es lo que estás esperando (si no, no habrías leído hasta aquí, ¿verdad?). Pues bien, este es mi consejo: tú haces tu vida con los pequeños momentos de cada día. Tal vez mi relación con Zack sí que funcione o tal vez no. Tal vez nos casemos o tal vez no. Tal vez sea para siempre o tal vez no. Pero te prometo, y le prometo a él (si es que es capaz de enfundarse el maldito uniforme sin ponerse a berrear), que seré muy feliz intentándolo.

La magia es incontrolable. Tu vida, no (aunque, claro está, siempre puedes jugártela a los dados en un casino de Las Vegas).

Mil millones de trillones de billones de miles de centenares de besos (ups, te tocó pasar página otra vez, ¡lo siento!).

♥Danielle♥

[ALFILERES EN EL CORAZÓN](#)

[AVISO IMPORTANTE](#)

[PASO 1](#)

[PASO 2](#)

[PASO 3](#)

[PASO 4](#)

[PASO 5](#)

[PASO 6](#)

[PASO 7](#)

[PASO 8](#)

[PASO 9](#)

[PASO 10](#)

[PASO 11](#)

[PASO 12](#)

[PASO 13](#)

[1] Marca de ropa gótica.

[2] Juego de palabras que hace referencia a los coches de caballos que transitan por esta calle y las grandes afluencias de tribus urbanas que se pueden ver en ella.

[3] La cajún es la cultura propia de los nativos de Nueva Orleans. Combina raíces francesas, españolas y haitianas y posee un dialecto, una gastronomía y unos ídolos propios.

[4] Popular canción interpretada por Elvis Presley en la que hace referencia a Nueva Orleans.